

EL MORO ABDALA



DACE ya varios días que un moro se presenta en tierras castellanas preguntando por el Cid y retándolo a desafío.

Penetra en Castilla, insulta al Campeador y se vuelve a sus tierras.

El moro Abdala es un valiente, gran jinete y gran guerrero, diestro como nadie en el manejo de las armas. Nacido bajo signos astrológicos especiales, los sabios de su raza ven en él un futuro Almanzor. Así lo dijeron al mundo las constelaciones, así lo escribió en grandes letras el Zodíaco.

Llegan a oídos del Cid los desafíos e insultos de Abdala.

El descaro inútil del joven moro le irrita, la ofensa le sacude de su dolor, y salta del sillón del pesar sobre su montura, decidido a castigar al atrevido.

Por el valle de las Estacas marcha el Cid en Babiaca con su lanza y sus armaduras. Deja a mano izquierda el pueblo de Constantina y sigue su camino solitario, en la tarde, sin temor a emboscadas, ni a la fiera que se esconde en los bolsillos de la selva y sale a esas horas a rondar en busca de alimento.

V. HUIDOBRO

El Campeador sabe que por aquellos sitios se pasea orgulloso el moro Abdala, lanzando improperios al viento entre el terror casi supersticioso que inspira a los castellanos su audacia sin igual. Creen ver en él una especie de demonio salido de algún encantamiento oriental para vengar a Mahoma y reconstruir su reino.

Abdala quiere en un día, venciendo al Cid, llenarse de más gloria que todos los reyes moros en diez años de guerra. El ambicioso quiere de un salto pasar a ser el jefe indiscutido de su raza. Una vez jefe absoluto, ya dará que hacer a los cristianos.

El Cid lo sabe, adivina en él un hombre capaz de cualquier cosa, un temerario, pero al mismo tiempo un guerrero de valor real. Por eso va en su busca.

Chocando contra su pecho, en la cumbre de la colina, el sol pega sobre sus armaduras. ¡Cómo centellea el Cid! Rutilante en su paraíso militar sobre el planeta.

Allí se baja del caballo y se sienta a esperar entre unas peñas. Su vista abarca todo el valle.

No pasa mucho tiempo cuando ve venir por la llanura al moro Abdala, vestido de ricas ropas y armado de fuertes armas. El Cid le deja acercarse y cuando ya está a tiro de voz, le grita, saliendo de las peñas:

—Espérame allí, moro Abdala; no te muevas, no te muestres cobarde.

A los gritos el moro levanta la cabeza y viendo al Cid que baja la colina a todo trote, responde:

—Hace largo tiempo, buen Cid, que espero este día. No temas que huya, no hay hombre nacido de madre del cual yo me esconda. Desde mi infancia soy guerrero y sólo sé huir la cobardía.

El Cid llega al campo frente al moro.

—De poco te servirá alabarte, moro Abdala, si no



V. HUIDOBRO

eres realmente buen brazo. Si eres el que tú pretendes, llegó la hora de emplear tu valor y tu fuerza.

—A tus órdenes, buen Cid; listo estoy.

Carga el uno sobre el otro, se chocan las lanzas, se miden, se tantean. El Cid sonríe. Es un buen adversario, es valiente, es firme el muchacho. Vale la pena el combate.

El Cid sonríe. Se muerde la sonrisa, se la traga de un bocado, clava las espuelas al caballo, aprieta la lanza y carga en tres saltos.

Catapum. La lanza rompe el pecho del moro, lo saca por el aire y Abdala va a estrellarse contra el suelo como un pájaro ciego. Allá salta en pedazos el Zodíaco, llueven trozos de constelaciones, se parte toda la relojería astrológica.

El Campeador baja de su caballo, se acerca al adversario, y en medio del sol que sangra de antemano, le corta la cabeza con toda urbanidad.